

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XX

Enero-Febrero de 1943

Núms. 211-212

Puntos de vista

Problemas morales

PERIODICAMENTE, voces surgidas desde distintos sectores proclaman la existencia de una crisis moral profunda en las diversas capas sociales. Como ciertas epidemias, que han pasado a ser ya males necesarios, se la deja prosperar o no prosperar y se sigue adelante en el empeño de ajustar en lo posible la vida personal a las contingencias de la vida colectiva.

Pero lo cierto es que el mal es en realidad profundo y las causas imposible de ser precisadas con exactitud. Por lo mismo que el mal es vasto y ha extendido sus raíces hacia todos los sectores, el examen de sus orígenes se hace cada vez más complejo. Hay quienes esperan o aguardan el remedio de las posibilidades que traerá para el mundo la instauración de un nuevo orden, pasados los horrores de esta guerra. Se presume que el término de la contienda significará una estructuración distinta de la actual, y por consiguiente la presencia de una moral también diversa.

Pero no puede especularse sobre un futuro incierto que acaso sea contrario a todos los vaticinios. Por de pronto, el estado de crisis moral actual es bastante serio, y no permite hacerse muchas ilusiones. Existe una continuidad en la naturaleza de los elementos morales que componen una colectividad y si no se sana desde luego esta inquina que corroe las energías sociales, no creemos que un orden nuevo pueda ser de una gran eficacia en la solución de los problemas de orden espiritual que afectan a estos pueblos, prematuramente entregados a vicios que son, si así pudiera decirse, patrimonio de razas envejecidas.

Si se toma como ejemplo revelador de lo que ocurre el estado de atonía general para considerar los delitos, la indiferencia con que se asiste a las peores situaciones, el desorden de las familias y la pérdida de conceptos de honor y de sacrificio, se llega a conclusiones desoladoras. Queremos con esto insistir acerca de puntos en que ya hemos expresado opiniones, La juventud—y en este último tiempo se ha estado proclamando la necesidad de agruparla para la realización de actos valerosos—la juventud, insistimos, carece de guías. No encuentra un conductor ni un cuerpo de doctrinas generosas en torno al cual unirse para realizar eso que piden con insistencia algunos espíritus alarmados.

Si existe, digamos, en un sector determinado de la sociedad, un núcleo de personas capaces de dar satisfacción a ideales de superación y de dignidad, en cambio en el resto no hay sino complicidad para los delitos, falta de sanción y desdén hacia las formas superiores de la vida espiritual.

La falta de sanción—y en esto se ha derramado bastante tinta—ha creado esta indiferencia general y esta atonía de que hablamos. Los delitos políticos no tienen castigo, como no lo tienen esos hombres a los cuales la sociedad o el Estado ha entregado la mayor suma de responsabilidad y cuyas faltas son deliberadamente silenciadas o borradas, por complacencia o por intereses creados: Nos referimos a los maestros, culpables por sus vicios por su carencia de dignidad, de la pérdida de la fe en el espíritu de sus alumnos. Esto es lo que más fuertemente y con más arrollador impulso lleva a la juventud al escepticismo o a la pérdida de todo ideal superior. El resultado es fácil de comprender. Si la juventud frente al ejemplo entorpecedor de una sociedad o de un Estado que no castiga los vicios de quienes son depositarios de una suma enorme de responsabilidad, se produce el fenómeno de que hablamos: irresponsabilidad, indiferencias sociales para apreciar todos los delitos que se cometen. El joven de hoy será mañana un ser con actuación categórica. Y actuará conforme a los ejemplos que recibió en sus años mozos. Es decir, se sumará a la masa general de los indife-

rentes, de los que se encogen de hombres y dejan «correr la bola» como se dice en jerga popular.

Existe, además, el caso del político que también influye, y en forma profunda, sobre la mentalidad juvenil para arrastrarla a la pérdida de todo ideal. La actuación del hombre en la vida política ha permitido, por el triunfo de los intereses materiales sobre los espirituales, un desorden sin ejemplo en la vida social. Se ha hecho costumbre no castigar, sino premiar a los que faltan a sus deberes o a la dignidad. De este modo se establece una complicidad peligrosa y un ambiente de irresponsabilidad que malogra todo intento de recuperar la limpieza humana, base de toda convivencia social. Si el que falta a las reglas elementales y comercia con su situación, y hace de su postura en la colectividad un negocio o no ciñe sus actos a una conducta irreprochable—más urgente en el hombre público que en el privado—se produce también el fenómeno anarquizante sobre la juventud que contempla estos desbordes y no puede ponerles un término decoroso. La masa política defiende a sus afiliados y como parte de esa juventud milita también en partidos, pronto el aire se vuelve irrespirable, y no hay sanción alguna que pueda emplearse con eficacia para sanear la atmósfera viciada. De esta suerte el tejido se complica cada vez más, se bifurca en todas las capas y sobreviene el silencio, ese silencio estúpido de las colectividades que marchan como enceguecidas, haciendo sonar tan sólo el golpe de las mandíbulas que mastican, incesantes, la pítanza... La crisis moral obedece a múltiples factores, pero entre ellos nos parecen éstos los más serios, los más peligrosos y los más dramáticos.

Debemos agregar a esto la indiferencia general, la frivolidad como sistema de vida social, el desdén para la vida espiritual, la exaltación única del goce o del placer físico como ley suprema. La historia es explícita y clara. Los pueblos que se entregan a esta forma de vida y que no sancionan con energía a sus delincuentes de orden moral, pierden la brújula y maduran para las grandes y trágicas catástrofes. Volveremos sobre este tema.